

hispano-costarricense a Franco, y la erección del monumento conmemorativo del Virrilla, avivarán todavía en los espíritus esa confraternidad cordial, que tanto se acredita junto a las huellas crueles de la adversidad, como al pie de los grandes rastros de luz apoteósica.

JOSÉ CARNER

### Ya se abrió la primera rosa

Ya se abrió la primera rosa.  
De su verde, oscuro capuz,  
ha emergido bella y radiosa,  
se ha encendido como una luz.

Ha nacido tan sonrosada,  
tan delicada y tan gentil,  
y es tan suave su fragancia,  
y su textura es tan sutil,

que más que flor, es un ensueño,  
y más que ensueño, una ilusión...  
Cual si naciera del ingenuo  
soñar de un puro corazón;

cual si una niña candorosa,  
toda pureza y toda fe,  
—que hubiera sido mariposa  
en algún místico vergel,—

la modelara con sus manos,  
y la impregnara de su olor,  
y la tuviera entre sus labios  
para imprimirle su color.

Urna de seda nacarina  
sobre un trifolio verde-mar,  
subiendo fué de espina a espina,  
como aprestándose a volar.

Y al sentirse ya en la cumbre  
de su lumínica ascensión,  
para saciar su sed de lumbre  
se abrió en excelsa exfoliación.

Ya las abejas la rondaron,  
ya vino a verla el colibrí,  
y unas neblinas la regaron  
con su rocío más sutil.

Llevó la brisa la noticia  
hasta el lejano robledal,  
y estalló en dianas la leticia  
del resonante Pito Real;

y una irisada mariposa  
a quien le dió la nueva el Sol,  
vino a yacer sobre la rosa,  
como una flor sobre otra flor...

Así, esta primera rosa,  
de su oscuro, humilde capuz,—  
Candor... Ensueño... Mariposa,—  
ha surgido bella y radiosa,  
se ha encendido como una luz.

A. MASFERRER

San Salvador,  
22 de junio de 1925.

### Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL  
Canton Pequeño, 23. La Coruña, España.

## Tarjeta alusiva

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO  
ABOGADO

Turrialba 29 de Set. de 1926

Querido Sr. García:

*Para la Fiesta de la Raza, ya hemos cantado a España y sus héroes, cuanto hemos podido. No hay casi un poeta costarricense que no tenga su canto a España. Bien noble es eso; por lo menos en cantos debemos devolver a la Madre Patria el heroísmo que derrochó por nosotros; pero no menos noble es, sin duda, recordar en la fecha del descubrimiento a los conquistados, cuya sangre corre por nuestras venas, tanto como la española.*

*Si le parecen no muy malas, publique esas estrofas dedicadas a nuestros inditos, que, por fortuna, no me las agradecerán, dado su analfabetismo.*

A sus órdenes

HERNÁN

## Juan Pizarro

LA Conquista del Perú no fué una epopeya, ni tuvo un gran héroe. ¿Hay en ella acaso un acto extraordinario que suscite admiración? La carnicería de Cajamarca, que es uno de los hechos más culminantes de aquel período, simboliza una comedia bufa. Su héroe, Francisco Pizarro, se comporta como un personaje ridículo. En aquella matanza, de carneros indefensos, como exteriorización de una hazaña sin plural, don Francisco se hace víctima. Se deja herir en la mano para defender al Inca. Fué la única sangre española que se derramó en aquel instante, dice don Carlos Pereyra. Una nota cómica no podía faltar. Don Francisco, defensor del monarca indio, se convierte después en su más distinguido verdugo.

¿Dónde una acción de belleza moral que salve el nombre de los conquistadores ante la historia?

Algunos historiadores, que confunden la tontería con la imparcialidad, se tranquilizan pensando en que los hombres que hicieron la Conquista del Perú, fueron producto de su época. Está bien. Pero Hernán Cortés, fué hombre contemporáneo de los Pizarro. Tuvo crueldades rayanas en el crimen, pero su altura moral y su heroísmo lo salvan ante la posteridad.

¿Qué móvil capital guiaba los actos de los compañeros de Pizarro? El deseo de oro. El oro explica aun aquella temeraria aventura de los «trece del gallo», que la historia se ha encargado de contemplar, estupefacientemente. Por el oro llega hasta el ridículo el noble caballero Hernando de Soto, haciendo caracolear a su caballo delante del Inca; por el oro los soldados de Hernando Pizarro, saquean y violan mujeres, camino del Cuzco. El oro resucita en el futuro Marqués, la vestimenta sicológica del porquero de Estremadura, frente a la dignidad del indio vencido; por los quintos se hace cómplice de robo y asesinato, el Emperador, padre divino de los hombres, don Carlos Quinto. En la Conquista no hay un gran ideal que guíe a los hombres en sus escaramuzas. El «hambre» de oro está por encima de Dios mismo. El fraile Valverde

invoca su nombre para realizar el degolladero de Cajamarca.

Pero en el panorama de la vida agitada, de aquellos aventureros, se eleva la noble figura de Hernando de Soto, como una excepción. La historia reconoce también, en la oscura vida de Hernando Pizarro, su desinteresada simpatía, llena de conmiseración, por el inca destronado. Acaso sucede lo mismo con Juan Pizarro. Los cronistas hablan con respeto de él. El propio Garcilaso le rinde su admiración incondicionalmente. ¿Qué desemejanza hay entre este Pizarro y los otros Pizarros? La diferencia es de orden moral. Los cronistas trasmiten el hecho, pero tal vez no entiendan el significado de aquella vida, realizada en virtudes espirituales, en una época donde los actos se miden por la mayor o menor eficacia del arcabuz.

La vida de Juan Pizarro no tiene su Plutarco. Quintana, que escudriña la biografía del porquero, que permuta su condición natural por la de Marqués, apenas si alude a Juan. La existencia de este Pizarro resulta, por eso, hundida en la sombra. Tratemos de aclarar su contorno.

Juan Pizarro vino al Perú con su hermano Francisco, en 1530, cuenta el general Mendiburu. Luchó en compañía de Benalcázar contra los indios de la isla de Puná. Estuvo en Cajamarca y presencié la emboscada que el cazurro don Francisco preparaba al indio Atahualpa. Cuando éste puso precio a su libertad, el Conquistador envió a Juan en compañía de Gonzalo y Hernando, para que se apropiara de todo el oro del templo de Pachacamac. Naturalmente, cuando se hizo la partición del tesoro robado, asutamente al Inca, Juan recibió su parte respectiva. Le tocó 407 marcos de plata y 1.100 pesos de oro.

Consumado el asesinato de Atahualpa, los españoles avanzaron hasta llegar al valle de Jauja. Juan Pizarro y Diego de Almagro fueron los primeros en descubrirlo. En este punto Francisco de Pizarro se les unió con las tropas. Como supiera que falanges de indios se preparaban a impedir la entrada